



6 Octubre, 2015

TRIBUNA

Antonio Manuel Rodríguez

Profesor de Derecho Civil en la Univ. de Córdoba y candidato de Podemos al Congreso de los Diputados



La Universidad pública que consiguió ser universal hace unas décadas corre el riesgo de darnos el portazo a los de siempre y regresar al modelo franquista, camuflando la decisión en una hipócrita ley de los mejores



Soy docente, somos Universidad

Condeno el abuso inconsciente que hacemos de esas palabras o expresiones con las que los burócratas de la política pretenden inundarlo todo para no decir nada. Nos habituamos a llevarlas en la lengua como los zapatos en los pies, sin darnos cuenta del daño hasta que nos provocan rozaduras. Mercado laboral, movilidad exterior o disciplina de partido, por ejemplo. La lista de palabras y expresiones es interminable. Una pandemia. Y no podemos permitir que Universidad también resulte contaminada por esta plaga.

Me emociona su raíz etimológica. Proviene de dos monemas latinos: *uni* (uno) y *versitas* (convertido). Universidad, universal y universo, admiten que la diversidad es una. Que todos y todas, desde el respeto a nuestras diferencias, podemos compartir el mismo sueño, el mismo reto, la misma utopía. Las primeras Universidades latinas tomaron por nombre *Universitas Magistrorum et Scholarium*, es decir, la unidad de maestros y alumnos para el fin común de la docencia y el aprendizaje. Hoy no podemos concebir la comunidad educativa sin padres y madres, personal administrativo y de servicios, gestores o cargos públicos. Por eso temo que los burócratas de la política la gasten con un significado distinto. Haciéndonos creer que se ha convertido en el privilegio. Condenando a los jóvenes de familia humilde a una excelencia casi imposible para seguir estudiando. Y a muchos docentes y no docentes, directamente al paro.

El Gobierno de Antonís Samaras en Grecia acordó un eufemístico *plan de movilidad*

consistente en que 25.000 empleados públicos recibieran un máximo del 75% de su salario, con la amenaza de ser despedidos si no encontraban un nuevo destino en los próximos ocho meses. La medida supuso el recorte de casi la mitad de la plantilla del personal y el cierre de la universidad más antigua de Grecia, la Universidad Nacional y Capodistriana de Atenas. El virus se expandió por toda Grecia. El Consejo de Rectores tuvo que advertir de la falta de personal, de la imposibilidad de investigar, del desamparo de los alumnos, del colapso, de la quiebra, del desastre. En Grecia, la Universidad dejó de ser lo que es por culpa de la austeridad impuesta calladamente por la troika. Tuvo que ser Alexis Tsipras quien asumiera el coste de cortar la hemorragia en la Universidad pública. Ahora sobrevive con respiración asistida, quiero creer que a salvo a pesar de las durísimas condiciones del rescate que tuvo que negociar a cara de perro. Pero el virus corre por el Mediterráneo con viento de poniente.

España es hija de la misma crisis. Sólo que utilizó la coartada de la austeridad para negar la evidencia del rescate que hemos llevado a cabo a las entidades bancarias con nuestro dinero. Al igual que en Grecia, los rectores españoles están cansados de denunciar la *descapitalización humana* que está sufriendo la educación y universidad pública. Más de 100.000 estudiantes universitarios desde el comienzo de la crisis que arrastran, como fichas de dominó, a 25.000 profesores de la educación no universitaria y 6.000 profesores universitarios. Ya no existen asociados que transmitan el saber práctico a los alumnos. Apenas existen ayu-

//
Al igual que en Grecia, los rectores españoles están cansados de denunciar la descapitalización humana que está sufriendo la educación y universidad pública

dantes y becarios que quieran iniciar la carrera universitaria para no caer por el barranco. Y a los que existen, se les empuja directamente para que caigan. Las plazas de profesores y personal no docente se amortizan por falta de presupuesto. Los alumnos y alumnas tienen que pagar tasas que multiplican por diez el precio de otras Universidades europeas. Y los que se gradúan, se ven forzados a sufragar másteres y postgrados si quieren competir en el mercado laboral para el que se formaron, o a exiliarse como camareros en el extranjero para poder pagarlos después. La Universidad pública que consiguió ser universal hace unas décadas, abriendo sus puertas a los que jamás tuvieron acceso, corre el riesgo de darnos el portazo a los de siempre y regresar al modelo franquista, camuflando la decisión en una hipócrita ley de los mejores. Mentira. Si los peores tienen recursos, estudiarán. En eso no consiste la igualdad que proclama nuestra Constitución. El problema es que quienes nos legislan, no creen en ella.

Si queremos que la educación sea universal debemos empezar por creernos la palabra. Por implicarnos todos en su defensa. Y empezar a llamar a las cosas por su nombre. No sólo los docentes y los estudiantes. También personal de administración y servicios, padres, madres y la sociedad entera. La única víctima de un modelo que deshumaniza la Universidad para deshumanizarnos a todos menos a unos pocos privilegiados. El problema es nuestro. Y la solución, también. De todos y todas. Esta semana, en la que hemos celebrado el Día Mundial del docente, seamos todos Universidad. En eso consiste el verdadero significado de la palabra. ■